FRANCISCO LÓPEZ ESTRADA: UN ESTILO UNIVERSITARIO

El 16 de mayo de 2010, pocos días antes de cumplir los 92 años, fallecía en Valencia don Francisco López Estrada (Barcelona, 28 de mayo de 1918). Desde entonces han sido varias las ocasiones en que se me ha requerido para glosar su figura, y lo he hecho no sólo por el placer de recordarlo sino también por la obligación gozosa de quien le debe mucho, casi todo, como maestro que fue para mí y como modelo de persona cabal e íntegra que me otorgó su confianza y su amistad[1]. Con la «ocultación» –que diría Fernando Arrabal– de don Francisco se va una parte sustantiva de mi vida personal y académica. Se me perdonará, por ello, que, contraviniendo la fría objetividad del género necrológico, deje fluir sinceros mis sentimientos en estas líneas que quieren ser un emocionado y póstumo homenaje tanto al maestro como al amigo.

Octubre del *annus* por tantos conceptos *mirabilis* de 1975. Los estudiantes de Filología Hispánica de la Universidad Complutense de Madrid andan algo alborotados por la llegada de un nuevo catedrático. Viene de Sevilla con un bagaje impresionante, y es de general conocimiento un libro suyo, imprescindible en la formación de cualquier filólogo que se precie: la *Introducción a la literatura medieval española*; una contundente e inequívoca carta de presentación basada en dos principios claves bastante insólitos –he prometido sinceridad– en el profeso-

[1] «Francisco López Estrada. Maestro de las letras», *ABC* (21-V-2010), p.62. [En colaboración con Ángel Gómez Moreno.]; «López Estrada: adiós a un maestro», *Leer*, 213 (2010), p.13; «Francisco López Estrada, oficio de maestro», *Cálamo*, 56 (2010), en prensa.

rado complutense de por aquel entonces, sea esto dicho con las debidas excepciones: método y claridad.

Las clases de López Estrada no nos decepcionaron. Aún guardo en la memoria y en mis carpetas escolares sus comentarios a la poesía de Garcilaso, de Boscán, de Herrera... Eran autores no muy frecuentados por él en su investigación, pero a los que sabía sacar el mayor partido desde el punto de vista ecdótico –con la sola muestra de un verso en variantes diversas–, retórico y hasta sociológico. Su actitud ante nosotros, sus alumnos, era siempre elegante y condescendiente con nuestros fallos. Llevaba siempre con él unas fichas donde apuntaba datos de todo tipo sobre el alumno: su actitud personal, su historial académico, su manejo de idiomas… Andando el tiempo, pude consultar aquel fichero gigantesco en el que tenía registrados a todos los estudiantes, españoles y extranjeros, que habían pasado por sus clases, algunos de los cuales habrían de alcanzar gran notoriedad en la vida política de los años ochenta. En ciertas ocasiones, con motivo de algún acto de homenaje, don Francisco se valía de aquellas fichas como un modo de halagar al homenajeado. Es lo que recuerdo ocurrió en la cena que el Departamento de Literatura Española tributó al profesor Francisco Márquez Villanueva, después de una estancia de un año en nuestra universidad.

Con su traslado a la Complutense, don Francisco regresaba a su casa máter, la antigua Facultad de Filosofía y Letras, en la que había ingresado el curso 1935-36, apenas cumplidos los dieciséis años, y descartada la posibilidad de hacerlo, como en principio era su deseo, en la Escuela de Ingenieros Agrónomos, donde exigían tener al menos dieciocho. Fue una decisión acertadísima, porque López Estrada tuvo el privilegio de vivir el ambiente ilusionado de aquella casi recién inaugurada Facultad, donde podía cruzarse en los pasillos con personajes de la talla de Ortega, Zubiri, Morente o Montesinos, presencia esta última decisiva para el afianzamiento de su vocación, tal como testimonia la dedicatoria de su libro *Poesía medieval castellana* (1984): "En memoria de mi maestro José Fernández Montesinos, que hace años me enseñó en estas mismas aulas de la Universidad Complutense a leer la Literatura con amor y ciencia".

Pero el sueño de aquella Facultad, de aquella España, se desvaneció demasiado pronto, malogrado en esa *noche de los tiempos* que tan admirablemente ha novelado Antonio Muñoz Molina. Las largas vacaciones del 36 se resolvieron para López Estrada, ya en la casa familiar de Barcelona, con su alistamiento en el Ejército republicano. En calidad de derrotado, asistió a la entrada de las tropas de Franco en su ciudad natal y, sin solución de continuidad y luego de un examen

de su caso, fue reclutado por los triunfadores hasta el final de la guerra. En los años sucesivos terminó los estudios de Letras en la especialidad de Filología Románica, se doctoró con una tesis sobre la *Embajada a Tamorlán*, de Ruy González de Clavijo, que publicaría en 1943. Es éste un libro y un género –la literatura de viajes– por el que tuvo siempre especial predilección, principalmente en el último tramo de su vida, en el que, además de numerosos artículos, dio a las prensas una nueva edición crítica del *Tamorlán* en «Clásicos Castalia» (1999) y otra modernizada (2004), que lleva al frente una entrañable dedicatoria a su esposa, María Teresa García-Berdoy, fallecida ese mismo año después de varios años de larga y cruel enfermedad.

Muy joven, en 1946, López Estrada gana la cátedra de *Lengua y Literatura española en sus relaciones con la universal* –como entonces se la denominaba– de la Universidad de La Laguna, en la que sólo permaneció dos años. Parece que fue allí donde cristalizó su gran interés por la literatura pastoril del Renacimiento. Su *Estudio crítico de «La Galatea»* fue el objeto de la lección inaugural del curso 1948-49 en aquella universidad tinerfeña. Unos años antes había aparecido su primera edición de *Los siete libros de la Diana* (1946) en «Clásicos Castellanos». Como explicaría el propio don Francisco, él iba para agrónomo, y aquel interés por los que él siempre llamaba libros de pastores –que no novelas pastoriles– representaba un cierto vínculo con sus aficiones primeras. En la pequeña autobiografía que publicara en 2006, *Contar una vida*, escribe al respecto: «En la historia literaria corrían, entonces [se refiere a los años 40], vientos favorables a los estudios sobre héroes civiles y religiosos; luego siguió la otra cara de la moneda, más ignorada aún: la literatura sobre la originalidad de la picaresca y la representación de los perseguidos, los moros y los judíos»[2].

La contribución de López Estrada al mejor conocimiento de este género no cabe sino calificarla de decisiva. A la citada edición, varias veces revisada (en la propia colección «Clásicos Castellanos», en la «Biblioteca Hispánica Ebro», en «Austral»), sucedería la excelente de la *Diana enamorada*, de Gaspar Gil Polo (1988), y antes aún su monumental monografía *Los libros de pastores en la literatura española, I. La órbita previa* (1974). Don Francisco mantuvo durante mucho tiempo la idea de concluir esta obra magna y, ya en la Complutense, nos comprometió con ese objetivo al profesor Víctor Infantes y a quien suscribe estas lí-

[2] En *Cuadernos para Investigación de la Literatura Hispánica*, 32 (2007), p.27. Véase, además, en este mismo número (pp.39-83) «Retrato y semblanza de un claro varón», artículo firmado por Ángel Gómez Moreno y quien escribe estas líneas, en el que se incluye la Bibliografía completa de López Estrada.

neas, a fin de que elaborásemos una *Bibliografía crítica de los libros de pastores en la literatura española* (1984), que sirviese de definitivo empuje, pero el maestro no debió vernos muy entusiasmados, pues el proyecto quedó al fin abortado, aunque en su archivo me consta se apilan carpetas llenas de anotaciones sobre los consecuentes de este grupo genérico en el siglo XVII. Por mi parte, nunca he sido, en efecto, muy entusiasta, de estos libros. Así se lo confesé al propio don Francisco en el momento de decidir tema para la tesis doctoral, pero contemplándolos a la distancia creo que transpira en ellos un sosiego espiritual y estético que consuena a la perfección con su vida, siempre más próxima al silencio y la discreción del campo que al ruido y los trajines de la ciudad[3].

Por lo demás, López Estrada no fue nada dogmático con sus estudiantes y discípulos, a los que dio libertad absoluta para seguir por la senda que cada uno estimó mejor. Un caso bien representativo es el de Márquez Villanueva con su tesis de signo castriano sobre el converso Álvarez Gato, o el de Mercedes de los Reyes y su magno estudio del *Códice de autos viejos*, o –y perdóneseme la referencia personal– el mío propio en relación con el teatro breve del Siglo de Oro. De hecho, don Francisco me confesó que, para aliviar el tedio de las muchas horas pasadas en la Biblioteca Nacional leyendo arcadias, dianas y galateas, pedía de cuando en cuando un tomito de entremeses, bailes y mojigangas. Ya mayor, no le importó engolfarse en la *festivitas* de la Edad Media, que él siempre había considerado desde una perspectiva no tan lúdica, y ahí está como testimonio su larga y magnífica colaboración en el volumen *Formas carnavalescas en el arte y la literatura*[4].

A su interés por la literatura bucólica hay que sumar sus estudios sobre los libros de aventuras griegas y, sobre todo, los de tema morisco: su edición para bibliófilos del *Inventario*, de Villegas, la extraordinaria de *El abencerraje y la hermosa Jarifa*, de hace ya muchos años, o la más popular para «Clásicos Hispánicos» de la editorial Cátedra, o las manifestaciones epigonales de Ginés de Campillo y sus derivaciones en el teatro, así la comedia de Lope, *El remedio en la desdicha*[5].

[3] Es significativo a este respecto, ya desde el título, su estudio «La epístola de Jorge Montemayor a Diego Ramírez Pagán (Una interpretación del desprecio por el cortesano en la *Diana*», en *Estudios dedicados a Menéndez Pidal,* Madrid, CSIC, 1956, VI, pp.387-406.

[4] Barcelona, Ediciones del Serbal, 1988.

[5] Aun cuando no fue tema central de su investigación, no son pocos los estudios de López Estrada sobre el teatro del Siglo de Oro; entre ellos destaca su estudio y edición de la *Fuente Ovejuna*, de Cristóbal de Monroy, en comparación con la de Lope. Para el *Diccionario de la comedia del Siglo de Oro*, coordinado por Frank P. Casa, Luciano García Lorenzo y Germán Vega (Madrid, Castalia, 2002), redactó la entrada correspondiente a «Pastor».

En 2001 publicó una preciosa síntesis sobre la literatura idealista de los siglos de oro –*La novela española en el siglo XVI* (2001)– , firmada junto a la que fuera gran amiga suya, María Soledad Carrasco Urgoiti, fallecida en 2007.

En la carrera profesional de don Francisco el paso por Sevilla, a donde llegó en 1948, fue especialmente fecundo. Basta para comprobarlo la consulta de *Sevilla y la literatura*[6], el volumen con el que la universidad hispalense celebró su 80 cumpleaños; se recogen en él varias y emotivas semblanzas de algunos de los que fueron discípulos y colaboradores suyos: Pedro M. Piñero, Joaquín Caro Romero, Rogelio Reyes Cano, Julia Uceda, Rafael de Cózar, Aquilino Duque, María de los Reyes Fuentes… La tarea de López Estrada no se limitó sólo a la docencia. Durante esos años fue decano de la Facultad de Filosofía y Letras y, bajo su mandato, se puso en marcha la especialidad de Filología Moderna, germen de la que sería nueva Facultad de Filología. Además, participó muy activamente en la vida cultural sevillana, como miembro de la Real Academia de Buenas Letras, habitual conferenciante en el Ateneo y promotor de la revista *Archivo Hispalense…*

Por supuesto, no dio tregua a su ingente tarea investigadora. El opúsculo que el sevillano Fernando de Herrera dedicara a biografiar a Tomás Moro lo llevó a interesarse y, más que interesarse, a apasionarse por el gran humanista inglés y su trascendental *Utopia.* Son numerosos los ensayos que, a partir de entonces, escribe siguiendo el rastro de Moro en España: Alonso de la Torre, Jerónimo Antonio de Medinilla, Quevedo y su *Carta a Luis XIII,* la *Sinapia* dieciochesca… En 1980 publica *Tomás Moro y España*, un librito ejemplar que, como hemos escrito en otro lugar, de haber contado con más materia prima, se hubiera convertido en una obra similar a la monumental de Bataillon sobre la recepción de Erasmo en España.

Lo local inspiraba la vocación universal de sus trabajos. El pueblo de su mujer, Antequera, fue el núcleo de otra serie de estudios sobre el romancero, la poesía épica generada por la historia de aquella población malagueña, y algunos de sus hijos más ilustres, como el barroco Pedro Espinosa o el poeta de la generación de 1936, José Antonio Muñoz Rojas, muerto casi centenario el pasado año.

La finura crítica con la que López Estrada abordó la literatura renacentista no puede hacernos olvidar su faceta de grande y moderno medievalista. Sólo quien conoce a fondo la Edad Media, no sólo desde el punto de vista literario sino también histórico, puede escribir un manual tan ejemplar como la *Introducción* que citábamos al comienzo de estas líneas. Según indicaba el propio autor en el Pró-

[6] *Sevilla y la literatura. Homenaje al profesor Francisco López Estrada en su 80 cumpleaños*, ed. Rogelio Reyes Cano, Mercedes de los Reyes Peña y Klaus Wagner, Sevilla, Universidad de Sevilla, 2001.

logo a esta obra, «para un investigador resulta más grato trabajar en campos en los que el trabajo propio abre nuevas brechas en el conocimiento de la ciencia literaria y en su valoración crítica, que elaborar obras de esta clase, donde hay que recopilar un gran número de datos a través de despaciosas lecturas, de las que poco se aprovecha». Otros dos libros modélicos por su disposición didáctica fueron *Las poéticas castellanas de la Edad Media* (1984) y *Poesía medieval castellana (Antología y comentarios)* (1984). Añádanse su *Panorama crítico sobre el «Poema del Cid»* (1982), o su celebrada versión moderna del Cantar, en la que han sido legión los estudiantes extranjeros, junto a otros estudios sobre cuestiones de orden retórico y teórico, como las que desarrolla en su contribución al tomo IX del *Grundriss der Romanischen Literaturen des Mittelalters* (1985).

Sólo sus centenares de libros, artículos y reseñas sobre la Edad Media y el Siglo de Oro justificarían la vida académica de López Estrada, pero el maestro contemplaba nuestra historia literaria como un todo continuo difícil de parcelar. En cualquier momento sobrevenían las conexiones. Lejos de limitar su mirada a un género, un autor o un tiempo histórico, la amplió a otras épocas de la historia literaria, como lo prueban sus numerosos trabajos sobre Bécquer, Pío Baroja, Juan Ramón Jiménez, Ramón Gómez de la Serna, Jorge Guillén, José Antonio Muñoz Rojas… En dos libros modélicos mostró la pervivencia de las huellas medievales en la modernidad: *Rubén Darío y la Edad Media* (1971) y *Los «primitivos» de Manuel y Antonio Machado* (1977).

López Estrada obtuvo un gran reconocimiento internacional, con importantes honores en Francia, Italia y los Estados Unidos, sin duda muy superiores a los recibidos entre nosotros. Su candidatura, hace ya muchos años, a la Real Academia Española se saldó con el fracaso que suele acompañar a los de su especie: gente insobornable, más aficionada al silencio de las bibliotecas que a la brega miserable de los pasillos. En la *Laudatio* que hizo de don Francisco, con motivo de la concesión del doctorado honoris causa, señalaba Rogelio Reyes que López Estrada era, ante todo, un estilo universitario; un estilo caracterizado por su «liberalismo, su permanente y sostenida dedicación al trabajo, el trato respetuoso a discípulos y alumnos, su concienzuda preparación de las clases, su discreción, su elegancia en el juicio, su capacidad para aunar voluntades y equilibrar tensiones…»[7]. En el equilibrio, al que contribuía su *seny* del buen catalán que siempre fue –con sus hermanos seguía hablando la lengua de Ausiàs March– está la clave

[7] «Don Francisco López Estrada, doctor honoris causa por la Universidad de Sevilla», en Sevilla y la literatura, p.52.

para entender lo que fue don Francisco López Estrada en su paso por esta vida, un maestro al que cuadran cabales los versos del capitán Andrada:

No resplandezca el oro y las colores
en nuestro traje, ni tampoco sea
igual al de los dóricos cantores.

Una mediana vida yo posea,
un estilo común y moderado
que no le note nadie que le vea.

Javier Huerta Calvo
Universidad Complutense de Madrid